


"Los dueños de la tierra", de David Viñas

# Una convicción titánica

**Por Guillermo Saccomanno**

A partir de una mudanza, en estos días, al ordenar la biblioteca, me puse a seleccionar con qué libros iba a quedarme y cuáles donaría. Borges entre muchas sandeces dijo una verdad, que ordenar una biblioteca es una forma de procurarle un orden al caos, o el mundo. Fui acomodando los Viñas. Eran más que unos cuantos. Sin embargo, no eran todos. Se sabe, el ser prolífico no es una virtud. Pero en Viñas además de serlo, una virtud, es una convicción titánica en la palabra. Toda una literatura, desde la narrativa al ensayo pasando por el teatro.

En unos pocos años, desde fines de los cincuenta hasta los setenta, asumiendo la cruza entre la literatura norteamericana y Sartre, Viñas escribió algunas de las narraciones nacionales más poderosas en cuanto a estilo y contenido: *Cayó sobre su rostro*, *Un dios cotidiano*, *Los dueños de la tierra*, *Dar la cara*, *Las malas costumbres*, *En la semana trágica*, *Hombres de a caballo* y la lista se extiende, viborea, se va volviendo más experimental, tensa los límites del lenguaje y alcanza, no hace tanto, esa cima que es la joyceano criolla *Tartabul*, apuesta que hasta ahora no tiene quién le emparde. En su producción crítica *Literatura argentina y realidad política*, un ensayo fundacional sobre las relaciones entre escritura y violencia política, es un análisis inexorable que hizo escuela.

Viñas pasó por el liceo militar, militó en el radicalismo, le tomó el voto a Evita moribunda (esa foto ya es célebre), revisó su antiperonismo y estuvo entre los fundadores de *Contorno*, se comprometió con la izquierda, conoció el dolor del exilio y el aún más insuperable del asesinato de sus hijos en la dictadura, vuelto al país recuperó la docencia universitaria y hasta tuvo una candidatura política. Siempre fue polémico: "Si me apuran digo que Walsh es mejor que Borges". Cuando terminé de poner sus libros en la biblioteca, releí partes de *Los dueños de la tierra*. Su potencia sanguínea, una fibra que no abunda, explica por qué alcanzó cerca de treinta ediciones. Fíjense.

David Viñas

# Los dueños de la tierra

Matar era fácil. "Pero no así, no", reflexionó Brun con impaciencia y se pegó unos justazos en los borceguíes: a él le correspondía esperar ahí, sentado en el fondo del cañadón mientras Gorbea y sus hombres cazaban del otro lado de esa loma. Pero ya estaba harto de esperar y se había atado el cabestro de su caballo en un pie. Por lo menos quería estar cómodo, aunque con cada disparo que se escuchaba, el animal se estremecía, sacudía la cabeza y pegaba un tirón del cabestro. Podía ser por los disparos –calculó sin precisión– o por algún tábano que lo estuviera mortificando. "Pero no, no", volvió a reflexionar. Su irritación lo obligaba a ser preciso: no era por los tábanos que su caballo se sacudía así ni se mataba de esa manera.

Y a causa de eso había discutido con Gorbea antes de que saliera a cazar.

"–No, no..." –le había dicho como si lo fatigara discutir sobre la mejor manera de cazar indios–. "No estoy de acuerdo con usted."

"–¿No? –Gorbea se había sonreído blandamente–. "¿Por qué?"

"–Porque es mucho mejor hacer un rodeo."

"–¿Como si fueran guanacos?"

"–Como si fueran guanacos o cualquier cosa –había asegurado Brun–. Lo importante es amontonarlos."

"–Comprendo... comprendo..." –Gorbea se sobaba los brazos, él se irritaba–. "Es que usted está acostumbrado a organizar palizas con los lobos" –dijo–. "Por eso prefiere un rodeo..."

Pero lobos marinos o guanacos o lo que fuera, pensaba Brun con un malestar inseguro, era mucho mejor rodearlos y hacer un montón para ir arrimándolos hacia la costa.

"–Y no andar cazando al ojeo, de a uno..." –había dicho.

"–Un tirito aquí y otro tirito allá, ¿eso es lo que le molesta?"

"–No, Gorbea. Entiéndame: es el tiempo que se pierde."

–"No es para tanto..."

"–¡Sí que es para tanto! Porque como usted quiere hacer, lleva demasiado tiempo y es peligroso."

–"¿Peligroso?" –Gorbea no se dejaba convencer con esas cosas, era terco con lo que alguna vez le había salido bien–. "Pero si a la gente le gusta, se divierte."

"–Pero ¿nosotros venimos aquí a divertirnos o a qué?" –por un instante, Brun había creído que Gorbea le iba a decir que lo entendía y que no se irritara porque tenía razón, pero Gorbea apenas si le había repetido:

"–A la gente le gusta, Brun" –después había montado en su yegua y había trotado hacia la loma cubierta por los pequeños cráteres de esos nidos. Allí lo esperaban Bianchi y el manco Bond adormilados arriba de sus caballos. Esos eran nidos de patos *shacks*, cientos de nidos de barro y paja que cubrían la loma amarilla, y los caballos de Bianchi y del manco Bond habían tenido que avanzar a los saltos; la yegua de Gorbea, no, porque ese animal ancho los sorteó haciendo eses.

"–A la gente le gusta, Brun." Gorbea había aludido de esa manera a Bianchi y a Bond. Esa era su gente. Y los tres habían desaparecido detrás de una loma. Y cada vez que sonaban los disparos allá al fondo, se oía un aleteo y una nube de patos *shacks* ascendía, temblaba un momento a unos metros del suelo y se volvía a asentar suavemente." –A la gente le gusta, Brun", había repetido Gorbea antes de salir a cazar.

Brun estiró las piernas, bostezó y volvió a sacudirse los borceguíes con la fusta: hacía más de una hora que esperaba allí sentado, y no sólo se había sacudido los borceguíes hasta que le dolieron las pantorrillas sino que también se había arrancado las costras de barro de las suelas. Hasta había tenido tiempo para castigar reflexivamente dos toscas que había elegido: una que parecía un cigarro "Avanti", con el mismo color y la misma forma, y otra que no era nada más que una bolita y que rodaba entre sus pies.

De vez en cuando se marcaba un largo silencio después de esos "¡Craann!" que retumbaban del otro lado de la loma donde se extendían los nidales de los patos *shacks*. Cada silencio no era un descanso donde él se pudiera tumbar sobre la espalda dejando que el sol le calentara la ropa. El sabía que cada silencio era una pausa. Nada más. Más largo el silencio, mejor puntería, más certero el tiro. Apretar los dientes, no respirar y que el índice de las carabinas quedara sobre algún pecho. O, no. Mejor sobre algún vientre. Porque matar era como violar a alguien. Algo bueno. Y hasta gustaba: había que correr, se podía gritar, se sudaba y después se sentía hambre. Y esa especie de polvareda temblorosa que con cada estampido se levantaba unos metros del suelo y se volvía a achatar sobre la loma, podía ser una manga de langostas. Es decir: una nube que se estremece por dentro y se desplaza oscureciéndose por partes, como una gigantesca madrépora.

Los disparos continuaban, cada vez más espaciados, seguramente más certeros. ¡Craann! Sobre los nidos de patos *shacks*. ¡Craann! Brun seguía repasando su diálogo con Gorbea mientras esperaba: tenía que repetírselo mentalmente hasta que lo ganara. "–¡Pero venimos a divertirnos o a qué?", había preguntado él. "–A la gente le gusta", era lo último que le había respondido Gorbea. ¡Craann! Y la nube de patos, que chillaban como miles de langostas que se estuvieran devorando entre sí, se inflaba y después se sosegaba blandamente sobre el campo y sobre los diminutos cráteres de sus nidos. ¡Craann! El tiempo pasaba. Más de una hora. Casi dos y todo porque Gorbea no le había hecho caso. El viento soplaba del lado del mar, pero no levantaba polvo en esa loma negra y muerta, rayada por miles de grietas. ¡Craann! Era allá, al fondo del campo donde estaban cazando. Brun no había dicho que no quería participar. Ni eso ni otra cosa. Solamente se había sentado en el suelo mientras la yegua de Gorbea trotaba en dirección a los dos hombres que lo estaban esperando. Que Gorbea hiciera lo que le pareciese mejor, al fin de cuentas era él quien se ocupaba de cazar. Brun lo había mirado alejarse calculando vagamente que el balanceo de las ancas de la yegua bien podía ser del trasero de Gorbea. "–A la gente le gusta, Brun." Y en ese momento estarían galopando por encima de esos nidos diseminados uno al lado del otro, iguales a las raíces de un monte que acabaran de talar. ¡Craann! Talar un monte a la altura de las raíces y dejar todo ese espacio despejado. ¡Craann! Lo que molestara tenía que ser eliminado. Que toda esa tierra quedara limpia, bien lisa para empezar a trabajar. De eso se trataba. Los disparos se habían espaciado. También se alejaban. Ya estarían por Punta Loyola, pensó Brun.

Un grupo de patos se había desprendido del resto y revoloteaba por encima de su cabeza. Cuando planeaban bajo se les veía la panza violeta. Ya estarían por Punta Loyola, volvió a calcular Brun. Esta vez con mayor nitidez. Y faltaría poco. Había depositado la fusta entre las piernas y amasaba sus dos piedras, la alargada y la redonda, y fugazmente estableció que la redonda le gustaba más, hasta se la podía meter en el bolsillo y llevársela para ponerla en algún lado. Arriba de una repisa o bien para apretar papeles. Para algo serviría. ¡Craann! Seguramente Gorbea, Bianchi y el manco Bond estarían correteando por la playa de Punta Loyola. Ya ni bajarían de sus caballos para esperar, porque los disparos se escuchaban uno después del otro. Tirarían desde arriba de los caballos nomás. Una cabalgata, a todo lo que dieran, Gorbea, Bianchi y el manco Bond. ¡Craann... craann...! Y no era el eco. Qué iba a ser.

La nube de patos daba vueltas y vueltas por encima de sus nidos. Ya no se asentaban. Parecían atolondrados y soltaban unos graznidos metálicos y seguramente –presintió Brun– empezarían a roerse entre ellos como insectos. Entonces sacó su Malinchester y apuntó hacia arriba. ¡Aaanc! El estampido fue al lado de su oreja y el caballo pegó un tirón del cabestro. Nada. La nube de patos seguía cerniéndose sobre su cabeza. Había errado y eso era una idiotez. Tan idiota, como que Gorbea hubiera dicho: "–Un tirito aquí y otro tirito allá" se precisó Brun y volvió a disparar la Malinchester: ¡Aaanc! Esta vez los ojos de su caballo se agrandaron como si lo hubiera injuriado. Y cuando Brun descubrió el cuerpo de ese pato que se había desplomado sobre la tierra, a unos metros de sus pies, se sintió decepcionado: su buena puntería no lo entusiasmaba y Gorbea ni ninguno de sus acompañantes le importaban un bledo. Ya terminarían esos de cualquier manera, estarían correteando por la playa como si persiguieran a guanacos o a lobos marinos en una veloz y despiadada cacería. O a animales que vivían y corrían y se largaban a gemir cuando los golpeaban, y que no se escondían, sino que atropellaban con todo su terror, aullando con las bocas abiertas, húmedas. No como si tuvieran miedo a morir, sino a morir delante del manco Bond, por ejemplo. Miedo para gritar por lo que les iban a hacer después de morir. Era eso. "El manco Bond", pensó Brun. Era famoso en toda esa parte de la Patagonia. Bond. Y cuando esos animales –o lo que fuera– caían, él los golpeaba hasta que agachaban la cabeza, no miraban más y quedaban completamente oscurecidos como su propia piel.

Brun tenía que seguir esperando. Allí, sentado al pie de su caballo, en el fondo de ese cañadón completamente desierto y liso como el cañón empavonado de su Malinchester. Pero la pistola estaba caliente. Claro que sí, como los cuerpos de los animales o de los indios después de una cacería: cuando estaban por morirse roncaban como si solamente les doliera alguna parte del cuerpo. Los lobos marinos tenían una piel lisa y suave, los guanacos una piel peluda y suave, y una concesión de tierra se conseguía tranquilamente con que la solicitara uno cualquiera: algún cuñado o mejor, un peón al que alguna vez se le había vendido algo. Primero había que pedirla: todo era cuestión de presentar uno de esos formularios del Gobierno. Después había que limpiarla. ¡Craann! Allá abajo seguían cazando. Ya estarían por terminar, pensó Brun sin ninguna certeza. Era un cálculo, simplemente, porque lo lógico era que tardaran mucho más. La nube de patos *shacks* se había desinflado sobre sus nidos como una enorme víscera. Nada. Ni un latido a lo largo de ese cañadón. Y del otro lado de la loma estaba el mar, y el viento soplaba a ras de tierra, como si se arrastrara. Las nubes permanecían inmóviles y a él le ardían los ojos. ¡Craann! Los disparos se habían ido espaciando. Seguramente habría quedado algún cuerpo horquetado en uno de esos nidos. Un cuerpo de indio echado hacia atrás, con una mancha negruzca entre los muslos, pensó con malestar.

Hubo un largo silencio y después no se oyeron más disparos. Entonces guardó silenciosamente su Malinchester toqueteándola varias veces para comprobar si estaba bien, si colgaba bien. Buen cinto, buena cartuchera.

Por fin, sobre la loma de los nidos apareció Gorbea con su gente, pero al llegar al filo del cañadón, el grupo de hombres se paró. El único que siguió avanzando fue Gorbea. "Demasiado rápido", pensó Brun. Estaba harto de esperar, pero una mayor espera lo hubiera ratificado y Gorbea traía una bolsa que se sacudía contra el flanco de su yegua. Entonces Brun se fue desatando del pie el cabestro de su caballo.

–¡Ya está! –anunció Gorbea desde lejos iniciando un trote cachaciento que concluyó en seguida–. ¡Ya está! –repitió más fuerte y dio unas palmadas sobre su cabalgadura. Por un momento, Brun creyó que era para apurar su marcha, pero no–. ¡Ya está! –Gorbea señalaba la bolsa que se bamboleaba pesadamente contra su estribo.

–¡Sí!

–¿Ya?

–¿Mucho trabajo? –Brun hablaba desde el suelo, con un aire de incredulidad, haciendo y deshaciendo un nudo con la punta del cabestro.

–No –jadeó Gorbea–. Fue fácil. Muy fácil.

–¿Cazaron al ojeo?

–Y, un tirito aquí y otro tirito allá.

–Pero... por la playa corrieron ¿no?

–Un poco. Pero no perdimos nada de tiempo.

–¿Así?

–Sí –Gorbea estaba orgulloso de su éxito, pero se reía cubriéndose la boca, como si incomprensiblemente temiera que lo escucharan los que se habían quedado en la loma–. Y es que es maturrango este Bianchi –le secreteó a Brun.

–¿Qué? ¿Pegó una rodada?

–¡Y cuándo no! Siempre se cae: la vez pasada... Cuando fuimos hasta la frontera y cuando lo del río... siempre.

–¿Se hizo algo? –Brun no estaba preocupado, sino que quería saber lo que no había visto, lo que le hubiera podido resultar un contratiempo a Gorbea.

–No... ¡Qué se va a hacer! – la risa de Gorbea ahora era incontenible, jadeaba y se reía y se secaba la frente–. ¡Si cayó de cabeza!...

–Menos mal –murmuró Brun sin entusiasmo.

–Sí –Gorbea todavía hablaba entre jadeos doblado sobre el borrén de su montura–. Menos mal... –admitió pasándose la mano por la frente. Parecía satisfecho con su sudor, con su cara enrojecida y con el calor de su cuerpo–. ¿A usted no le gusta ver, eh? –preguntó bruscamente.

–No –vaciló Brun–. Yo prefiero... –presintió que Gorbea esperaba que le dijera: "–Yo no sirvo para eso" o "–Usted es el que hace lo más bravo del trabajo." Y que eso lo tendría que decir humildemente, sin titubear, justicieramente. También sospechó que le correspondía excusarse por haberse quedado allí, sentado en el suelo, esperando, mientras los demás faenaban. Pero, no. El viento había empezado a soplar duramente, había que entornar los párpados para hablar y él tenía el sol de frente. El viento le raspaba las mejillas y ese sol morado en los bordes lo enceguecía. Había que apurarse.

–¿Y la gente? –preguntó; allá al fondo esperaban Bianchi y el manco Bond y parecían contener a sus caballos.

–Conforme –comunicó Gorbea.

–¿En serio?

–¿No le digo que sí?

–Pero... ¿Bond no protestó? –Brun se había puesto de pie, había recogido su fusta, y se sacudía los fundillos–. Casi siempre pide más.

–¿Bond? ¡Qué va a protestar!

–Y, como está acostumbrado a entregar orejas...

–Ese es un tramposo. Por eso.

–Pero sirve –Brun lo miró a Gorbea en la cara–. ¿O no?

–Sí que sirve... ¡Vaya si sirve! Pero a mí no me arregla así nomás –aseguró Gorbea–. A mí, Bond o la mona, me demuestran lo que han hecho, pero bien demostrado. Nada de mojigangas. Conmigo, si quieren cobrar, me traen de esto... –Gorbea se había incorporado sobre su montura y se ponía la mano sobre el sexo–. ¡De esto! –repitió; después, con cierta ternura tomó el borde de la bolsa que colgaba sobre el flanco de su yegua y la abrió–. ¿Ve? –mostró–. ¡Todos pagados! y uno por uno... Y nadie protestó. Ni Bond ni nadie.

–¿Pagó mucho? –preguntó Brun manteniéndose apartado de esa bolsa.

–¡No, qué voy a pagar! –Gorbea estaba entusiasmado, ya no se secaba el sudor, pero su cara seguía igualmente enrojecida–. Pagué lo que correspondía, ni medio chelín de más... –sacudió la bolsa y por la boca de la arpillera fueron rodando esos muñones sanguinolentos.

"Parecidos a cebollas", calculó Brun.

–¿Vio que no era necesario hacer un rodeo? –seguía Gorbea.

–Sí –reconoció Brun–. No era necesario.

Pero el tono triunfal de Gorbea no se aplacaba:

–Yo tenía razón, ¿eh?

–Sí...

–¿Vio? Y eso que usted nunca me lo quiere reconocer.

–Sí, sí... –dijo Brun.

–Pero es que si a la gente le gusta, hay que dejarla que se dé el gusto.

## ¿CONOCE USTED LA PALABRA?

*Descubra el significado de la palabra en negrita, sabiendo que hay dos respuestas correctas A, dos B, y dos C.*

**1.** "Pero el detective, sin hacer nunca mención a su necesidad de un **adlátere**." Pablo De Santis, *El enigma de París*
**A:** Persona subordinada a otra, de la que parece inseparable
**B:** Pago por adelantado
**C:** Familiar lejano

**2.** "Un violento escalofrío, peor que el de la **terciana**, sacudió al comisario." Andrea Camilleri, "Siete lunas"
**A:** Enfermedad infecciosa
**B:** Fiebre intermitente que se repite
**C:** Sensación de frío causada por emoción

**3.** "La respuesta de Pitt interrumpió las **elucubraciones** de Vespasia." Anne Perry, *La secta de Paragon Walk*
**A:** Discurso o reflexión en voz alta
**B:** Iglesia arzobispal
**C:** Discurso dirigido a un ser sobrenatural

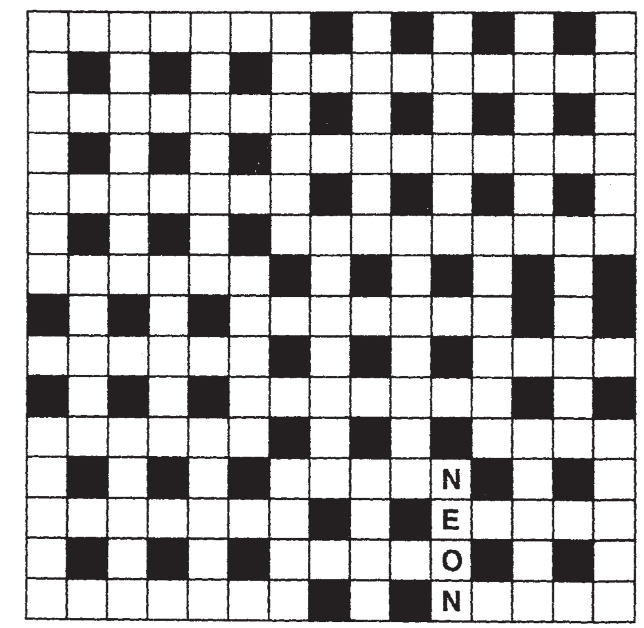
**4.** "Eso es lo que Siobhan llama pregunta **retórica**." Mark Haddon, *El curioso incidente del perro a medianoche*
**A:** Pregunta inútil por ser demasiado sutil
**B:** Pregunta hecha para producir un efecto y no para ser contestada
**C:** Pregunta cuya respuesta ya se sabe

**5.** "La misma fuerza que retiene a los **neófitos** postrados frente a los altares." John Steinbeck, *El ómnibus perdido*
**A:** Que demuestra religiosad exagerada
**B:** Ignorante
**C:** Recién convertido a una religión

**6.** "Y le **inculcó** todo a ella." Manuel Puig, *El beso de la mujer araña*
**A:** Infundir con firmeza
**B:** Transmitir por medios artificiales una enfermedad contagiosa
**C:** Maltrató

## CRUZEX

*Acomode las palabras de la lista en el diagrama.*




**4 letras**
BAJO
INCA
LESO
~~NEÓN~~
OGRO
NIMIO
NORTE
OBESO
PADRE
RETAR
RURAL

**5 letras**
ARMAR
BALÓN
CUECA
ÉLITE
GRIMM
JUSTO

**6 letras**
ADORAR
ALTEZA
AMICIS
CÉLIBE
CEREAL
DEMORA
DIVINO
OPONER
ORADOR
RASCAR
RÍTMICO
TURBINA
UDINESE
USTINOV

**7 letras**
AGRARIO
ATRACÓN
AUTORÍA
ESTAMPA
FÉRETRO
ISTMEÑO
PENACHO
REFLUJO

**9 letras**
DECRÉPITO
RAMILLETE
RASPADERA

## NUMERICO

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | 8 | | | 2 | 7 | | 6 |
| | 9 | | 3 | | 8 | | 5 | 1 |
| | 7 | | 6 | | 9 | | 4 | |
| 7 | 4 | | | | | 1 | | |
| | | 6 | | 4 | 1 | | | 8 |
| | | 2 | | | | | 3 | |
| | | 1 | | | | | | |
| | | | | 8 | | | 6 | 9 |
| 5 | | | | 6 | 7 | 4 | | |



## SOLUCIONES

### ¿CONOCE USTED LA PALABRA?

1. A. **2.** B. **3.** C. **4.** B. **5.** C. **6.** A.

### NUMERICO

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | 3 | 8 | 4 | 5 | 2 | 7 | 9 | 6 |
| 6 | 9 | 4 | 3 | 7 | 8 | 2 | 5 | 1 |
| 2 | 7 | 5 | 6 | 1 | 9 | 8 | 4 | 3 |
| 7 | 4 | 9 | 8 | 3 | 6 | 1 | 2 | 5 |
| 3 | 5 | 6 | 2 | 4 | 1 | 9 | 7 | 8 |
| 8 | 1 | 2 | 7 | 9 | 5 | 6 | 3 | 4 |
| 9 | 6 | 1 | 5 | 2 | 4 | 3 | 8 | 7 |
| 4 | 2 | 7 | 1 | 8 | 3 | 5 | 6 | 9 |
| 5 | 8 | 3 | 9 | 6 | 7 | 4 | 1 | 2 |

### CRUZEX

